

Solemnidad de la Santísima Trinidad C2022

Quiero comenzar la homilía de esta solemnidad de la Santísima Trinidad con un relato que pueda ayudarnos a comprender y profundizar el misterio de salvación que celebramos hoy.

Se cuenta una historia sobre San Agustín. Antes de convertirse al cristianismo, reflexionaba sobre las enseñanzas de la Iglesia. Una de las doctrinas con las que tenía un problema era la Santísima Trinidad. Se preguntaba cómo podía haber tres personas, pero un solo Dios. Un día, mientras caminaba a lo largo del mar reflexionando profundamente sobre este misterio, “De repente se encontró con un muchacho que había cavado un hoyo en la arena y estaba yendo y viniendo al océano con una concha. Llenaba la concha con agua y luego volvía y la vaciaba en el agujero. Una y otra vez hizo esto.

Agustín le preguntó: “¿Qué haces, muchacho?” Y él respondió: “Estoy vaciando el océano en este agujero en la arena”. Y muy razonablemente, Agustín respondió: “Pero esto es imposible”. “No más imposible”, dijo el muchacho, “que tu tratando de entender cómo puede haber tres personas en un solo Dios”.

Agustín se sintió interpelado por la respuesta del muchacho; entendió que los misterios son objeto de fe y no de especulación lógica. El misterio de la Santísima Trinidad sólo se puede comprender en la fe. Sin embargo, todavía hay una pregunta que debemos responder: ¿cómo llegamos a la confesión de fe en la Santísima Trinidad?

Llegamos a ella al observar el desarrollo de la historia de la salvación. De hecho, a través del desarrollo de la historia de la salvación, sabemos con certeza que Dios es esencialmente amor. Es por amor que creó el mundo. Por amor envió a Jesús para salvar al mundo y por amor Jesús nos envió el Espíritu Santo para que no nos quedemos huérfanos.

El misterio del amor que une al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como un solo Dios, es lo que llamamos Trinidad. La Trinidad es la celebración de la identidad de Dios tal como se nos ha revelado a través de la historia de la salvación como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El factor que une al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo es el amor. Fue el amor lo que empujó al Padre a crear el mundo. Todas las criaturas que existen en el mundo no son el resultado de un mecanismo ciego del universo, sino creadas amorosamente por un Dios providente y sabio. Han sido creados con un plan y un orden. La sabiduría de Dios lo ayudó en toda la obra de la creación. Toda la creación cumple con un plan divino, aunque nuestra inteligencia humana no pueda captarlo.

Tener fe en Dios Padre es creer que Él ha creado todo con sabiduría y amor, aunque no podamos comprender toda esta creación y sus ramificaciones. Es este misterioso plan de Dios que también ha llevado a Jesús a venir al mundo y ser nuestro salvador.

Al hacerse uno de nosotros, Jesús compartió nuestra naturaleza humana con sus alegrías y sus tristezas, sus angustias y sus esperanzas. El principal mensaje de Jesús al mundo es que el Padre nos ama y quiere que pertenezcamos a su reino. Los seres humanos somos hijos amados de Dios y coherederos con Jesús. Nuestra vida está destinada a más de lo que podemos ver y más de lo que vivimos en el tiempo presente.

Gracias a Jesús, tenemos paz con el Padre y tenemos acceso a su gracia en la esperanza de nuestra gloria eterna. Pase lo que pase en esta vida, estamos en paz con Dios por medio de Jesús, quien murió por nuestros pecados.

Tener fe en Jesús es creer que Dios nos ama hasta el punto de compartir el meandro de nuestra vida humana, con sus altibajos. Significa también confiar en él con la firme convicción de que nunca nos abandonará y que su infinita bondad obra en nosotros aunque en el tiempo presente estemos rodeados de problemas, sufrimientos y muerte.

El desafío que todos tenemos no es sólo creer en la presencia continua y amorosa de Dios y de Jesús en el mundo, sino también la del Espíritu Santo. Por eso necesitamos que se nos recuerde incesantemente que Dios está con nosotros hasta el fin del mundo como lo prometió Jesús. En este sentido, el Espíritu Santo es el cumplimiento de la promesa de Dios y la confirmación de su fidelidad hacia nosotros.

Dios es glorificado cuando se cumple su plan de salvación y se extiende a toda criatura para que cada uno se vuelva a él. Jesús ha glorificado al Padre porque ha cumplido la misión que le ha sido encomendada. El Espíritu, a su vez, glorifica a Jesús porque abre la mente y el corazón de las personas a la escucha de su palabra. El Espíritu nos dota de dones celestiales para que seamos capaces de amarnos más allá de las barreras y diferencias humanas. El Espíritu Santo renueva las relaciones personales de las personas para que vivan en paz unos con otros. La gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es que aceptemos vivir como hijos de Dios.

La Trinidad es la fiesta del amor y de la comunidad de vida que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Es una celebración de la comunión que une a las personas divinas en su igualdad y diferencia. Expresa las relaciones de mutualidad y reciprocidad que existen entre ellos. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo habitan el uno en el otro sin confundirse ni reducirse el uno al otro. Aunque son tres, son solo un Dios inseparable cuyas acciones son interdependientes.

La fiesta de la Santísima Trinidad nos interpela en nuestra vida. Debido a que la Trinidad es relacional, el Dios uno y trino nos invita a construir relaciones sólidas entre nosotros y con los demás. Cuanto más lo hacemos, más damos testimonio de la verdadera identidad de nuestro Dios. Debido a que la Trinidad es relacional, el Dios uno y trino nos invita a practicar los valores de “inclusivismo” y tolerancia. “Inclusivismo” significa la aceptación de cada individuo tal como es, por nuestra misma y común naturaleza humana.

La Santísima Trinidad es la familia de Dios. En esta familia divina las personas trinitarias son iguales e interdependientes. Estamos llamados, como familias humanas, a imitarlos. Nuestras familias deben venir a desarrollar relaciones sólidas y una comunicación abierta entre sus miembros a imitación de la Santísima Trinidad. Pidamos esta gracia en esta celebración. ¡Que Dios venga en ayuda de todos los que experimentan relaciones difíciles con las personas que los rodean! ¡Que Dios nos bendiga a todos y fortalezca nuestras relaciones con nuestros semejantes!

Proverbios 8: 22-31; Romanos 5: 1-5; Juan 16: 12-15



Fecha de la Homilía: el 12 de Junio, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220612 homilia.pdf